

la reunen. Así tiene una fe verdadera y una fe falsa (es decir, una fe viviente y una fe inerte, o una fe fingida y una fe sincera). Tiene una verdadera y una falsa esperanza, una verdadera y una falsa caridad, y por último, una verdadera y una falsa vida. Su verdadera vida es semejante a la de los seres orgánicos inferiores, es la fuerza independiente que le permite construir y gobernar las cosas exteriores; es la fuerza de asimilación que todo lo cambia alrededor de él en alimentos o en instrumentos, y que por humilde y dócilmente que escuche o siga la dirección de la inteligencia superior, jamás pierde su propia autoridad como principio de juicio; como voluntad es capaz ya de obedecer, ya de revolversse. La vida falsa no es con sinceridad sino una de las condiciones de inercia y de entorpecimiento; mas ella obra, aunque no puede decirse sea animada y no siempre puede distinguirse de la verdadera. Es esa vida de hábito y de azar a la cual muchos de nosotros entregamos no poco de nuestro tiempo; en este mundo esa vida en la que hacemos lo que no nos habíamos propuesto hacer, o decimos lo que no teníamos intención de decir, o consentimos lo que no conocemos; esa vida sobrecargada por el peso de las cosas que le son exteriores y que la adornan sin ser asimiladas; esa vida que en lugar de desarrollarse y desplegarse sobre una rosada salubridad, se cristaliza sobre ella como escarcha, y que es a la verdadera vida lo que al árbol una arborización superpuesta, aglomeración cristalizada de pensamientos y de hábitos que le son extraños, frágil, tenaz, helada, que no puede ir ni plegarse ni engrandecerse, pero que se quebrará y romperá en migajas si se levanta en nuestro camino. Todos los hombres son susceptibles de ser, en cierto modo, helados de este modo; todos están, en parte, cargados y cubiertos de esta materia estéril como de una

corteza; sin embargo, si ellos tienen en sí mismos la vida real, estarán siempre prontos a romper esta corteza con nobles desgarrones hasta que ésta llegue a ser, como esos sombríos fragmentos que se desprenden de los álamos, un testimonio de su propia fuerza interior. Pero a despecho de los esfuerzos que hacen los hombres mejores, la mayor parte de su existencia se desliza como un sueño, donde ellos obran y cumplen su papel a los ojos de sus compañeros de sueño, pero sin tener claramente conciencia de lo que les rodea o de lo que hay en ellos; son ciegos e insensibles.

La debilidad de la infancia está llena de promesas y de interés—la lucha de la ciencia imperfecta, llena de energía y continuidad—; mas ved cómo la impotencia y la rigidez se apoderan del hombre hecho; ved los tipos que apenas llevan el sello fresco de la impresión de la idea obscurecida por el oro; ved la concha del viviente en su forma adulta, cuando se han marchitado sus colores, cuando ha perecido su huésped: es un espectáculo más humillante, más punzante que la pérdida de toda ciencia y el retorno a la ceguera de una infancia impotente.

Sería deseable un retorno posible. Habría lugar para la esperanza si la parálisis se pudiera tornar en un estado de infancia; pero yo no sé hasta qué punto podríamos retornar a la infancia y comenzar nuestra vida perdida. Muchos creen lleno de promesas el movimiento que se nota en nuestras aspiraciones arquitecturales de hace algunos años a esta parte. Yo no sabría decir si esto es ciertamente el germen de una semilla o un sacudimiento de huesos, y no desconozco que sería fructuoso para el lector investigar hasta qué punto todo lo que nosotros hemos reconocido hasta aquí como lo mejor en principio, podría ponerse en práctica sin esta alma o vitalidad que pudiera comunicar influencia, valor o encanto.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año.** Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre.**